

Martes 2 mayo 2017 Tercera Semana de Pascua

Santo Evangelio de Jesucristo según San Juan 6,30-35.

La gente dijo a Jesús: "¿Qué signos haces para que veamos y creamos en ti? ¿Qué obra realizas? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como dice la Escritura: Les dio de comer el pan bajado del cielo". Jesús respondió: "Les aseguro que no es Moisés el que les dio el pan del cielo; mi Padre les da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el que desciende del cielo y da Vida al mundo". Ellos le dijeron: "Señor, danos siempre de ese pan". Jesús les respondió: "Yo soy el pan de Vida. El que viene a mí jamás tendrá hambre; el que cree en mí jamás tendrá sed.

Palabras de nuestro Padre y Fundador

"En cuanto al significado y los efectos de este alimento, los teólogos nos dicen que repararnos en el contenido simbólico de la comida y la bebida. ¿Qué contenidos de significación subyacen en el comer y el beber? El alimento, sea lo que fuere lo que comamos o bebamos, se incorpora a nuestra vida; forma una unidad de vida con nosotros; se asimila a nuestra naturaleza y vida. En la Eucaristía hallamos un proceso similar, sólo que en el orden inverso. En ella somos nosotros los asimilados e incorporados a la vida del Señor.

¡Qué enorme importancia reviste esta incorporación! Jesús nos lo dice con total claridad. Nosotros lo sabemos, pero no lo entendemos. "El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él" (Jn 6, 56). Se trata de una profunda biunidad que, en virtud de la santa comunión, se hace permanente y más honda aún. "Permanece en mí, y yo en él": unidad de vida, unidad de amor. Y más adelante nos dirá: "Yo y el Padre somos uno" (Jn 10, 30). Así como yo vivo del Padre y por el Padre, así también quien coma mi carne vivirá por mí. (cf. Jn 6, 57). Difícilmente se puede expresar, con mayor transparencia y de manera tan clásica, esa misteriosa biunidad entre Jesús y nosotros, los que comulgamos con él, los que comemos su carne y bebemos su sangre. "(Milwaukee 1964)